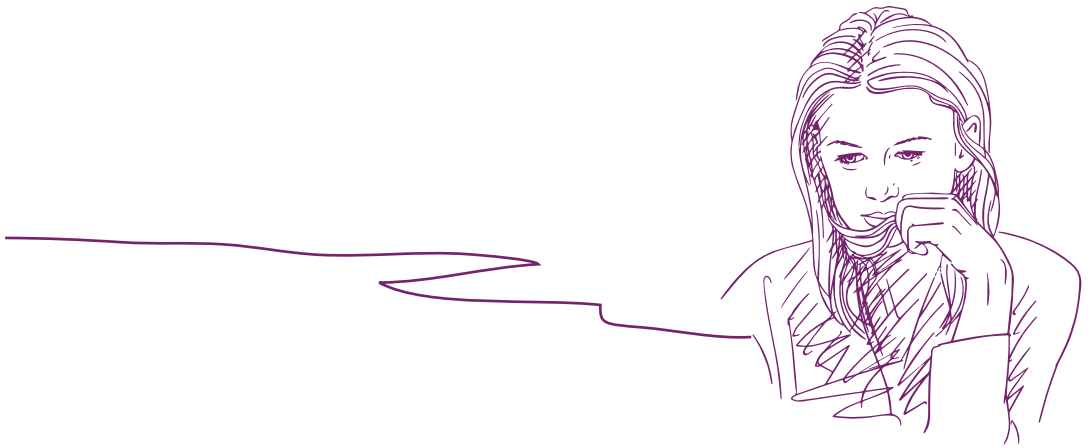


De sonrisas ocultas

Beatriz Morera Miranda





En esta cuento, aparecen varios personajes:

- Beatriz, la protagonista.
- La madre de Beatriz.
- El padre de Beatriz.
- Susana, la amiga de Beatriz.
- Leire, Daniel y Carlitos,
los hermanos pequeños de Beatriz.
- La tía Tere.
- Doña Lolita, una buena vecina.
- Liuva, una amiga nueva.

Mamá siempre guardaba la sonrisa
en una habitación de nuestra casa.

Descubrí esto, que era su secreto,
cuando pasó el tiempo.

Al principio,
pensaba que su sonrisa era de verdad.

Cuando reía,
le salían arrugas en la cara y en los ojos.
También le salían las arrugas cuando no reía,
y eso me sorprendía.

Cuando había discusiones fuertes o se ponía nerviosa,
mamá no podía parar de llorar.
Entonces, iba a su cuarto
y salía después con una sonrisa.

Un día, decidí que mamá iba a sonreír de verdad.
Pero, como dije antes,
tardé tiempo en darme cuenta de su secreto,
de su **sonrisa oculta**.

Una **sonrisa oculta** es una sonrisa que escondemos.
En el cuento, verás que hay sonrisas diferentes:
algunas son de verdad, otras son de mentira.

Mamá nunca se ponía cremas
y apenas se cuidaba.

Yo siempre buscaba aquel tarro de crema.
El tarro era de cristal
y tenía una tapa rosa.
Era la crema que yo quería ponerme siempre.
Me entretenía poniéndosela a ella.

Una tarde, le dije:

–Mamá, te voy a quitar esas arrugas
que tienes de reírte.

–Y de llorar, mi hija.
Y de llorar –añadió con tristeza.

Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas.
Su mirada se hizo más dura
y no tenía nada que ver con su sonrisa.

A partir de entonces,
algo cambió dentro de mí.

Empecé a hacerme preguntas:

–¿Por qué lloraba mamá?

–¿Por qué su boca decía que estaba bien
y sus ojos pedían socorro?

Pensé en las cosas que pasaban en casa.

–¡No vales para nada! –le decía papá.

–¡Estás sola en el mundo!

Sin mí, no eres nadie –le gritaba.

Nunca entendí por qué le decía eso,
si mamá nos tenía a nosotros.

La verdad es que papá
sí que la dejaba sola muchas veces.
Pero mamá sonreía,
incluso en esos momentos tan difíciles.

Cada vez eran más los momentos
en los que mamá estaba muy triste.
Pero ella decía que no lo estaba
y seguía sonriendo.

Había veces que la **estrategia** no funcionaba,
sobre todo cuando íbamos en coche,
porque allí no había sitio para esconderse.

Una **estrategia** es un método o un plan
para hacer una cosa
o resolver un problema.

Por eso, mamá odiaba el coche.
Yo también lo odiaba.
Cuando escuchaba el motor acelerando,
sentía un miedo terrible.

Papá siempre bebía mucho,
aunque él decía que dejaría
de beber cuando quisiera.

Muchas veces,
mamá no paraba de gritar.
Le rogaba que nos dejara salir del coche.

Como el coche no tenía cinturones
en la parte de atrás,
como pasaba con los coches de antes,
mamá estiraba la mano hacia atrás
para protegernos.

Yo hacía lo mismo.

No quería escucharles,
pero era muy difícil taparme los oídos.
Me apoyaba en la puerta del coche
para taparme el oído derecho.
Me tapaba el oído izquierdo con una mano
y con el brazo libre protegía a mis hermanos.

Entonces, cerraba los ojos y
me ponía a cantar una canción,
la canción de mis dibujos japoneses favoritos,
esos que yo sabía dibujar muy bien.

El tiempo pasaba
y yo cada vez estaba más triste.

Intenté que las cosas fueran mejores,
pero no sirvió de nada.

Papá siempre estaba borracho
y nunca me hacía caso.

Él se metía conmigo siempre.
Creo que no le gustaba
que yo entendiera tan bien a mamá.

Además, siempre intentaba
arreglarlo todo con regalos.



Yo le decía que me gustaban mucho,
pero solo deseaba una cosa: que cambiara.
Pero él seguía poniendo triste a mamá,
a mí y a todos.

Un día, mi amiga Susana vino a jugar a casa
y papá rompió un mueble
y varias cosas en la habitación de al lado.

Desde entonces, dejé de abrirle la puerta
cuando venía.

Ella le pedía a su madre
que la dejara venir a mi casa
a jugar con las muñecas.

Yo no le abría la puerta
y **fingía** que no había nadie en casa.

Fingir es dar a entender algo
que no es verdad.

Hice esto varias veces
y dejó de venir.

Estuve mucho tiempo sin ver a Susana.

Con papá, lo peor eran los fines de semana.
En los fines de semana, bebía más
y se ponía más furioso con nosotros.

Yo ya estaba cansada de que quisiera
a todos los demás
y a nosotros no.
Mamá también estaba cansada.

Cada vez, los enfados eran peores.
Cada vez, mamá
se encerraba más veces
con papá para discutir.



Yo sabía que algo terrible iba a pasar.
Y pasó esa noche.
Para aquella noche, yo ya había descubierto
la estrategia de mamá y su sonrisa.
Yo también sonreía para hacer creer a la gente
que era feliz.

Aquella noche, mamá no quería abrir la puerta.
Papá no llegaba del trabajo.
Pasaban las horas
y mamá cada vez estaba más nerviosa.

Cuanto más tiempo pasaba,
más borracho y enfadado venía papá.
Mamá lo sabía bien.
Ese día, papá iba a llegar muy tarde.

Cuando se hizo de noche,
mamá cogió la llave,
le dio las 2 vueltas en la cerradura
y la dejó puesta.

Pasaron muchas horas.

Mamá hacía muchas cosas a la vez
y fingía estar tranquila.

Mamá les dijo a mis hermanos pequeños,
Daniel y Leire, y a mí,
que nos encerráramos en el cuarto.

–No salgáis de aquí hasta que yo diga.
¡A dormir! –nos ordenó.

No le hicimos caso.

Nos metimos los 3 debajo de la manta,
como si fuera una tienda de campaña.

Leire, mi hermanita pequeña,
tenía los ojos abiertos como platos.

Hablábamos muy bajito.

Nos queríamos que mamá nos oyera.

Leire me preguntó:

–¿Tienes miedo?

–No –contesté.

–¿Qué va a pasar? –preguntó.

–No va a pasar nada, Leire.

Coge el peluche, anda –le dije.

–¡Eres muy pesada!

Estate quieta ya –dijo Daniel.

De repente, escuchamos el sonido de la llave.

Nos miramos a los ojos varias veces,

sin decirnos nada.

El ruido de la llave se repitió.

Papá golpeó la puerta con fuerza.

–¡Déjenme entrar! –gritó.

Mis hermanos querían llorar,
pero se aguantaban.

–Vamos con mamá –dijo Leire.

–No, mamá dijo que no saliéramos –contestó Daniel.

Cada vez era más difícil evitar que lloraran.

Mamá suplicaba:

–Vete, así no vas a entrar en casa –le dijo.

De pronto, escuchamos un ruido muy fuerte
y los gritos de papá cada vez más cerca.
Papá ha entrado en la casa.

Los gritos de mamá golpeaban
nuestros oídos con fuerza.

Vimos la escena.

Estábamos llenos de sudor y aterrorizados.

Parecía que el tiempo iba más lento.

Parecía que las voces eran ecos lejanos.

Parecía que mamá no era mamá

y que nosotros no éramos nosotros.

Parecía una película de terror,

solo que no podíamos ponerla en pausa.

Corriendo, nos pusimos entre papá y mamá.

Nos gritaba, estaba fuera de sí.

–¡Fuera!

¡Quítense de en medio! –gritaba.

Tiró la mesa al suelo,

nos insultó y se marchó.

No podíamos parar de temblar.

Estábamos preocupados por mamá,
que estaba embarazada.
También estábamos preocupados
por mi hermano Carlitos,
que todavía estaba en la barriga de mamá.

Mamá se fue para adentro
y llamó por teléfono.

Mi tía Tere llegó en poco rato.
Mi tía Tere no era mi tía de verdad,
pero como si lo fuera.

Nosotros veíamos los dibujos animados,
pero no les prestábamos atención.
Mientras tanto, la tía Tere y mamá
hacían llamadas de teléfono.



Un rato más tarde,
mamá entró en la habitación con la tía Tere.

–Me llevo a mamá al hospital,
doña Lolita cuidará de ustedes –nos dijo.

Doña Lolita vivía cerca de nosotros.
Era como mi abuela, como la mamá de mamá.
Como la mamá que se fue
cuando ella solo tenía 14 años.

Yo estaba muy nerviosa,
pero se me quitaron los nervios un poquito
porque mamá nos dijo
que podíamos esperarla despiertos.

Me puse a freír papas,
Daniel sacó los cromos de fútbol
y Leire se puso a hacerle coletas
a doña Lolita.

Jugábamos mucho con doña Lolita
Aunque ella se quedaba dormida,
nosotros intentábamos que se aprendiera
los nombres de los jugadores de fútbol de los cromos.

Teníamos muchos cromos,
porque les ganábamos muchos
a los otros niños del colegio.

Decíamos, una y otra vez,
los nombres de los futbolistas
a doña Lolita:
Bakero, Chapi, Morales...
ella los repetía, pero los olvidaba.

En realidad,
doña Lolita estaba pendiente del ascensor
y esperaba la llegada de mamá.

Papá había roto la puerta de la calle
con un golpe grande y terrible.

Nos daba miedo dormir con la puerta rota.
Menos mal que doña Lolita no se movía de allí
Allí estaba ella, sin moverse,
con la silla pegada a la puerta.
Con la cabeza muy alta y en alerta.

Doña Lolita estaba muy seria,
aunque reía cuando le hacíamos una coleta
o le prestábamos nuestros cromos.
No le importaba que los vecinos miraran
y que se llevaran las manos a la cabeza.

Todos los vecinos sabían lo que pasaba.
Pero nadie decía ni hacía nada.

Doña Lolita se enfadaba
cuando algún vecino miraba mucho rato.
Entonces, les decía cualquier cosa
para que se fueran
y seguía cuidándonos,
siempre pendiente de nosotros.

Papá se equivocaba cuando decía
que mamá estaba sola.
Mamá jamás estuvo sola.
Nos tenía a nosotros.
Tenía a la tía Tere, tenía a doña Lolita.

Cada vez que sonaba el ascensor,
doña Lolita daba un salto.
Cuando veía que el ascensor
no se abría en nuestra planta,
volvía a su silla.

Al fin llegó mamá.

–¿Cómo está el bebé? –le pregunté.

–El niño está bien,
y yo también –contestó.

–Pero tenemos que irnos de casa,
¿de acuerdo? –añadió.

Dijimos que sí con la cabeza.

Entendimos que teníamos que hacerlo.

–Solo podemos llevarnos

lo más importante

en la maleta –nos dijo.

Despedirme de mis amigas y amigos del colegio

fue lo que más pena me dio.

Mamá nos prometió que, cuando todo acabara,

volveríamos a verlos.

Era invierno y llovía.

Un coche negro llegó despacio

para llevarnos a la casa en la que nos iban a ayudar.

El camino fue largo y silencioso,

había hojas de árboles de todos los colores.

Todos sabíamos que nunca más seríamos los mismos.

Fuimos muy felices en la nueva casa.
También fui muy feliz en mi colegio nuevo,
con mi nueva amiga, que se llamaba Liuva.

Liuva fue una gran amiga en aquella época.
Ella nunca me hizo preguntas
y me ayudó con sus fantasías.
Sentí no poder despedirme de ella.
Sentimos un vacío grande cuando volvimos.
Pero sabíamos que teníamos que volver.

Y volvimos, esta vez con una sonrisa de verdad.
La sonrisa de mi madre y la mía
ya no fueron nunca más sonrisas ocultas.

